

## Abd el-Krim El Jattabi, Mohammed

Axdir, Alhucemas, 1882 - El Cairo, 1963

Jurista y periodista, profesor de lenguas árabe-bereberes y estadista. Líder de la insurrección rifeña de 1921 y jefe del Gobierno del Estado Rifeño; autoproclamado emir del Rif en 1922; presidente de la República del Rif de 1923 a 1926.

Tras derrotar a la España de Alfonso XIII en tres cruentas campañas (1921, 1923 y 1924), se atrevió con la Francia de Lyautey, atacándola en las líneas del Uarga en abril de 1925 e imponiéndola un durísimo castigo, sin lograr expulsarla de Fez. La alianza francoespañola, que él creyera imposible, hecha realidad por la intuición táctica del mariscal Pétain, le contraatacó con todas sus fuerzas, vencióndole en Alhucemas y el Alto Kert y obligándole a errática retirada que concluyó en Tizimuren, cerca de Targuist, territorio protectoral español, donde terminó rindiéndose, con su familia, a las fuerzas francesas del general Ibos. Desterrado a la isla de la Reunión, en el océano Índico, permaneció allí recluido veintiún años. En abril de 1947 se le autorizó a residir en Francia. El 31 de mayo, al hacer escala en Port Said el *Katoomba*, buque en el que le llevaban, custodiado, hacia Marsella, una estrategia de los líderes del nacionalismo marroquí (Allal el-Fassi, Mohammed Bennuna, Abd el-Jalek Torres) le permitió desembarcar y acogerse al asilo del rey Faruq I de Egipto. Elegido presidente del Comité de Liberación del Magreb Árabe, recuperó su protagonismo internacional, que perdido parecía.

Rechazó sucesivos ofrecimientos de Mohammed V, repuesto en el trono (1956), para que regresara a Marruecos, donde sería considerado «héroe del reino». Opuesto a que su regreso se efectuase cuando aún quedaban tropas españolas en suelo marroquí —la compleja retirada del ejército español concluyó en agosto de 1961—, volvió a mostrar su disconformidad hacia tales ceremonias aduladoras cuando le fueron reiteradas, en 1962, por el rey Hasan II, prueba evidente de que repudiaba los favores monárquicos. Durante su exilio en la capital caiota llevó una vida social activa, pero limitada por el deterioro de su salud. Su obra ideológica y social, el Estado del Rif, que él fundara y defendiera contra dos potencias europeas, fue la única estructura nacional emancipada, por sus propios habitantes y la firmeza de las convicciones de su líder, del mundo colonial de su tiempo. Su figura política es superior a la militar, la cual corresponde, íntegramente, a su hermano menor, Mhamed, el artífice de la tenaz resistencia (1921-1926) que las tribus del Rif y los demás países normarroquíes —Garb, Gomara y Yebala— plantearon primero a España y luego a Francia. Ese resistirse familiar de los Jattabi, que aglutinó en torno suyo a los pueblos del norte de Marruecos, no ha sido así entendido ni valorado. A partir de 1962, cuando la Francia del general De Gaulle reconoce el derecho del pueblo argelino a su independencia, la opinión generalizada hizo de su patronímico («Abd el-Krim») el nombre de referencia que resume, en una sola personalidad, el triunfo de los movimientos insurreccionales contra el colonialismo. Hay un error grave en tal personalización exclusivista. El Rif fue liberado por una familia de resistentes, los Jattabi.

Por lo que consiguieron, constituye la última dinastía de Marruecos electa sobre los campos de batalla, pero también en su retaguardia de guerra, asolada por los bombardeos aéreos. Esta dinastía de combatientes mantiene su legitimidad porque supo ser marroquí

### República del Rif

Desde los primeros días de su triunfo en Annual, Abd el-Krim fue consciente no solo del poder militar adquirido, sino de su obligación de certificarlo, ante España misma y Francia también, con pruebas escritas de su absoluto dominio político y moral sobre el conjunto de las tribus del Rif. De ahí que, en sus primeras comunicaciones oficiales, por carta y telegrama, reforzase la categoría de su núcleo de gobierno —constituido por

miembros de su propia familia— como provenientes de *Al-Hukumat al-Rifiya*, el Gobierno Rifeño. El 1 de febrero de 1922, Abd el-Krim fue reconocido como emir (del árabe *al-amir*; «el que ordena») del Rif, rango más conveniente para sus relaciones con los jefes (*chijj*) de las cabilas. Por entonces también utilizaba la expresión *Dawlat Rifiya*, Estado del Rif. Finalmente, el 1 de julio de 1923 era proclamada, en Axdir, la *Al-Yumhuriyat*

*ar-Rifiya* o República del Rif. Su apogeo estaba cercano: trágicas retiradas españolas en 1924 y ruptura, en 1925, de las líneas francesas en el Uarga, seguida de un audaz envolvimiento, maniobra con la que amenazó a Fez y Táza. Su final llegó el 27 de mayo de 1926, en Snada (Rif Central), Abd el-Krim, al frente de su familia y más allegados rendía su gobierno, no su combate ideológico, ante los franceses del coronel Corap.

antes que rifeña. Alzada sobre el pavés de los actos legendarios, estos, siendo bien ciertos, pueden parecer aventuras, cuando fueron epopeyas. Con su ejemplo de patriotismo, los Jattabi emanciparon al Marruecos que ellos defendieron desde su exilio de treinta y siete años (1926-1963), que trasciende a tal limitación cronológica. El Magreb, los países del Nilo y de Oriente Próximo, incluso el Asia colonizada, tomaron como bandera ese modelo de resistencia, compromiso y empeño de una familia, no de una persona. Los Jattabi lucharon y sufrieron en bloque, hombres y mujeres, no su jefe y los demás, sino él con todos a la vez. Esa unidad de ideas y sangres fue su mayor fuerza. Los Jattabi integraron un ejército de voluntades, como lo ha sido siempre el Rif cuando lo agreden. Su diferencia es que lucharon por Marruecos. Por eso perdieron. Y en tan determinante y sacrificado nivel deben ser valorados.

### Nacer en el país de las libertades assemblearias y las guerras fratricidas

Nacido en Axdir, localidad emplazada frente a la Roca del Nekkour o Nekkour, el peñón español que toma su nombre del río que desemboca en la bahía de Alhucemas, ambos enclaves eran entidades autónomas en la práctica, porque su dependencia de los poderes regios era mínima, sobre todo Axdir, urbe que actuaba como capital de los Beni Urriaguel, la tribu más poblada del Rif central. Unos treinta mil habitantes. Mohammed Abd el-Krim absorbió esa dicotomía entre *libertad tomada* y *libertad reprimida*. La divisoria entre ambos mundos era radical: la Roca del Nekkour era un «presidio» donde malvivían, hasta su muerte, delincuentes irrecuperables o enemigos peligrosos para los Gobiernos españoles. En oposición, *Aydîr* (Axdir) era una población dedicada al cultivo de sus huertas junto al cercano río Guis y a un modesto pastoreo, pero sobre todo al comercio, que le llegaba desde la Roca Española. En el Peñón, los beniurriagueles adquirían *productos de ciudad* (cuchillería, ferretería, hilaturas, tejidos, velas, tabaco y cerillas, azúcar y sal) y los cambiaban por productos del campo: almendras, cera, huevos, manteca, miel, nueces, pasas o pieles. No había cárceles ni cuarteles. Sin embargo, su tranquilidad podía romperse por un insulto o una agresión. Y entonces Axdir se convertía en parapeto, trinchera y fortaleza, nunca en cárcel. La única prisión permitida era el cementerio, lugar santo donde se enterraban los más diversos odios y los muertos que en vida los representaron; no así el afán vengativo de llevar hasta aquel sitio aparte a quienes todavía estaban vivos, habiendo sido los ofensores de tantos. La espera, para ejecutar la venganza a una determinada ofensa, solía ser larga, pero rara vez quedaba insatisfecha.

Eso era *Er Rif* (borde, frontera), límite a toda realidad de por sí intratable, donde había germinado, años atrás, una forma de gobierno natural conocida como *ripublik*, espacio de convivencias democráticas; donde las decisiones se tomaban en asamblea, pero también adusto país de la guerra por causas *ínfimas*: un perro muerto por un vecino molesto por sus insistentes ladridos; robos de ganado y por el mismo ladrón; hurto de aguas para riego en beneficio del ya conocido regante saqueador; disputas por herencias entre hijos o sobrinos del difunto; venganzas por esposas que resultaban no ser vírgenes la noche del día en que fueron entregadas en matrimonio; núbiles violadas por sádicos acechantes de una facción rival a la de sus padres. Así se subsistía en el Rif, país de rebeldías imprevistas, al que tanto alauíes como borbones procuraban no molestar, pese a verse regularmente incordiados por los Bocoya, tribu situada al noroeste de los Beni Urriaguel y limítrofe con estos, conocida en todo el Mediterráneo por la profesión predominante en sus pobladores: la piratería (secuestros y rescates) y el contrabando (de armas o dineros).

## Sidi Abdelkrim o el cadí bendecido con dos hijos: los mismos que libertarán el Rif

Mohammed nació en día y mes por precisar de 1882. En Marruecos reinaba el noveno de los alauíes, Muley Hasan, quien iba entonces por el undécimo año de su reinado. El imperio jerifiano conocía una etapa de esplendor, moral y social: nada de tiranía y menos de fanatismo, convivencia y solidaridad. En España reinaba Alfonso XII, joven de veinticinco años, casado en segundas nupcias con María Cristina de Habsburgo-Lorena, sobrina del emperador Francisco José I. La España borbónica se había emparentado con poderosos aliados, cómplices en intereses: Austria-Hungría emitió señales de *oportunidad adquisitiva a la vista* que convencieron a la Alemania de Bismarck, interesada por los ultramarines filipinos y oceánicos: la Macronesia española. Con posterioridad, otra Alemania, la de Guillermo II, ampliaría su interés hacia Tánger, Agadir y las minas del Rif, que intentó hacer suyas bien por compras accionarias o con un atrevido usufructo (los hermanos Mannesmann). Por esas minas España irá dos veces a la guerra (1909-1910 y 1911-1912).

Los alauíes se veían solos. El imperio otomano, único poder islámico intercontinental, defendía la fe de Mahoma, pero su inmensidad territorial había menguado bastante. Perdidas Serbia, Argelia, Túnez, Grecia, Bulgaria y Creta (por este orden), centraba su estrategia en conservar la Cirenaica y la Tripolitania (Libia), mientras disimulaba su vasallaje ante Inglaterra, que había empezado a suplantarle, ese mismo año de 1882, en Egipto y el Sudán. La política británica perseguía, desde noviembre de 1869, tras abrirse al tráfico el Canal de Suez, implantar su *Protectorado de hierro* sobre los países del Nilo (lo conseguiría en 1924 con el Tratado de Lausana y una guerra mundial de por medio). En España gobernaba Sagasta, cabeza de los liberales. Era su primer gabinete y tenía como jefe de la oposición al líder de los conservadores, Cánovas del Castillo. España se hallaba en fase de recuperación a causa de la extenuante tercera contienda entre federalistas (republicanos), legitimistas (carlistas) y alfonsistas, mal llamados «liberales». Ese conflicto, iniciado en 1869, se había prolongado hasta el 28 de febrero de 1876, cuando el derrotado aspirante al trono de España, el duque de Madrid (Carlos de Borbón y Austria-Este), cruzaba la frontera pirenaica por Valcarlos (Navarra), donde los abnegados batallones castellanos, los últimos en serle fieles, le presentaron armas y lágrimas.

La España de Alfonso XII era más *Ultramar* que Ultramar mismo por sus posesiones periféricas, portadoras de ingentes riquezas étnicas, culturales, económicas, sociales y estratégicas, que el mezquino *peninsularismo* en ejercicio, a la par sagastista y canovista, jamás respetó ni amplió. En oposición, el Marruecos de Muley Hasan era más *Imperio jerifiano* por sus capitales imperiales —Fez, Mequinez, Marrakech— que por sus fronteras, dado el grado de inaccesibilidad de estas: el oeste, todo el sur y la mayor parte del este y el norte jerifianos colindaban con grandes mares o territorios tan desérticos y despoblados como la oceanidad misma: Ifni, el Sáhara Occidental y el Sáhara Central, océano de arenas infinitas, al que la Francia del presidente Jules Grévy ni caso hacía. Siendo el Rif muro altivo a toda penetración foránea, Muley Hasan supo discernir entre el ardor de los guerreros del Rif y la *cabeza fría* de sus pocos letrados, capaces de domar a los primeros. Muley Hasan eligió a Sidi Abdelkrim, *fqih* (alfaquí) a quien elevó, en 1883, a la categoría de cadí (juez que imparte la ley en nombre del Majzén) sobre los Beni Urriaguel. Esta fecha —aportada por Ayache en base a documentos alauíes, depositados en los archivos parisinos del Quai d'Orsay— confirma esa rara dualidad de algunos monarcas alauíes, capaces de extraer lo mejor de las gentes de su reino,

### Cadí

Del árabe *qādi*, doctor en Leyes islámicas, jurisconsulto. Por extensión, hombre sabio. Y en un sentido popular pero respetuoso a la vez que admirativo, «persona muy entendida». El rango superior era *qādi qoddat*, juez de jueces. Un

### Alfaquí

rifeño de fama ostentó tan alta magistratura en Melilla: Mohammed Abd el-Krim el Jattabi, líder de la gran insurrección de 1921 y, entre 1923 y 1926, presidente de la República del Rif.

Castellanización del árabe *al-faqīh*, oficiante de las ceremonias religiosas.

con independencia de su origen, condición o religión. Lo mismo haría Muley Hasan con el misionero guipuzcoano José María de Lerchundi, quien entregó sus diarios esfuerzos, primero en Tetuán (1862-1877) y luego en Tánger (desde 1881), a la asistencia humanitaria de musulmanes, judíos y cristianos. Lerchundi fue consejero de Muley Hasan, incluso *correpresentante* de Marruecos junto con Mohammed Torres, el célebre ministro de Exteriores del Majzén, en la embajada que ambos cumplieron (en 1888) ante el Vaticano del papa León XIII. Ese era Muley Hasan, monarca justamente alabado en su época.

El 25 de noviembre de 1885, en El Pardo, murió Alfonso XII. España pasó a ser una Regencia hasta mayo de 1902, cuando el hijo póstumo del difunto fue proclamado rey ante las Cortes. Ese mismo año, el aspirante a juez, Mohammed Abd el-Krim, iniciaba sus estudios en la *universidad Al-Qarawiyyin* de Fez. Marruecos tenía nuevo sultán, Abdelaziz, uno de los hijos de Muley Hasan, muerto poco después de haber firmado una onerosa paz (veinte millones de pesetas) para Marruecos sin ser el Majzén responsable de nada, sino a consecuencia de absurdidades y altanerías, las de un gobernador de Melilla, recto en trayectorias pero torcido en luces, el general Juan García Margallo, quien no se disculpó ante los rifeños por haber arrasado sus tropas el morabito de Sidi Aguariach —sito en el cementerio musulmán del mismo nombre— ni ofrecerse él a reparar los daños causados.

Aquella intrusión en lugar sagrado fue ejecutada con la finalidad de construir otro fuerte más —y nueve tenía Melilla— para mejor defender la plaza, cuando Melilla se defendía *tierra y palacio adentro*, con negociaciones políticas, no a cañonazos. No quiso desdecirse el gobernador ni tuvo en cuenta la puntería de los pacos. Y uno de estos lo mató de un tiro en la cabeza al salir del fuerte de Cabrerizas. De allí salieron dos oficiales, el capitán Juan Picasso y el teniente Miguel Primo de Rivera, que tuvieron una corajuda actuación, premiadas con sendas cruces de San Fernando. Ambos militares dejarían profunda huella en la historia de los ejércitos perdidos y los pueblos malheridos por crónicos desgobiernos. Asediada Melilla, hubo arrebatos de campanas en la España de María Cristina. De aquel estruendo movilizador salieron veintidós mil hombres, faltos de todo, excepto de entorchados: dos tenientes generales, treinta generales, veintiocho coroneles, doscientos veinte jefes y oficiales, en su mayoría sin mando directo (datos reunidos por José Ramón Alonso). Solo en oficiales superiores, aquel ejército tocaba a seiscientos ochenta y ocho hombres (un batallón) por general.

Sitiadores y sitiados entrecruzaron sus crueldades; llegó Arsenio Martínez Campos; consideró un disparate todo lo sucedido; envió mensajeros a Fez; respondió amablemente Muley Hasan; reuniéronse ambos en Marrakech junto a una fuente (enorme) de huevos duros y, contentos de no morir los dos de la misma indigestión, firmaron la paz (5 de marzo de 1894), de resultas de la cual las tribus rifeñas enterraron sus trincheras y levantaron el cerco. Esto las dejó airadas y amargadas. Obedecieron porque era mandato del respetado Muley Hasan. No imaginaban rifeños y marroquíes lo mucho en falta que echarían al noveno de los alauíes, muerto de repente, como suelen irse quienes se entregan con fervor a una causa o sienten una idea y resulta que es su alma.

Sidi Abdelkrim, a sus veintitrés años —en el supuesto de que hubiese nacido en 1860, que es la fecha razonada por Ayache—, honrado fue y por dos vías: por la *gracia de Dios*, su esposa Fet-tuch le daba a besar a su primer hijo. Por la vía del poder casi divinizado de todo sultán, le era concedida la máxima autoridad jurídica sobre su cabila. Dos bendiciones con un año de diferencia. Pasarían doce años hasta que el cadí de los Beni Urriaguel fuese padre de otro hijo, Mhamed de nombre. Esos hijos suyos darían al Rif su independencia.

### Universidad de Al-Qarawiyyin

Asentada en Fez desde finales del siglo IX, toma su nombre de la arabizada *Al-Qayrawan*, capital de los fatimíes, pero antes cuartel general de los primeros gobernadores árabes de *Ifrīqiya* (nombre arabizado de la antigua Tunicia); a la que los españoles conocieron como *Kairuán* desde

1520 (toma de la isla de Djerba) y los franceses denominaron *Kairuane* desde 1881, cuando conquistaron y colonizaron el territorio tunecino. Es la universidad más antigua del mundo. Sobre su fundación hay su parte de mitificación y otra de investigación arqueológica, que es la determinante. Por la primera, Um

Al-Bin Fátima Al-Fihriya, hija de un rico comerciante kairuanés, fue su promotora; datándose la edificación en el 245 de la Hégira (el 859 de la Era Cristiana). Por la segunda, fue construida en el 263 de la Hégira (877 de la Era Cristiana). Por consiguiente, anteriores a los reinados de los dos primeros Idrísíes:

## Estudiar para crecer como persona: enseñante y periodista en Melilla

En su adolescencia, Mohammed aprendió de su padre qué títulos y condiciones tenía. En 1902, con veinte años, su progenitor le enviaba a estudiar a Fez, en la universidad *Al-Qarawiyyin*. Dos cursos cumplió, pues en 1904 regresaba a Axdir. Atrás quedaban sus visitas al Peñón de Alhucemas, adonde Sidi Abdelkrim gustaba de llevarle para que jugase con niños españoles y se acostumbrase al idioma castellano. Atmósfera de fortaleza sitiada era la que se vivía en el islote del *Nekkur*, lo cual no impedía esos juegos infantiles ni los afectuosos tratos con los amigos de su padre, comerciantes unos, intérpretes otros y militares los más. De los tenientes coroneles y coroneles al frente de la Roca Española, conoció a cinco de ellos que, por el orden de sus mandatos, fueron: Pablo Artal Abad, Mariano Arqués Chavarrías, Roberto Gavilá y Gavilá, José Riquelme y López Bago y Manuel Civantos Buenaño. Mohammed guardaría grato recuerdo de don Pablo, don Mariano y don José. Y cordial amistad con don Manuel.

Este último sería quien, un 22 de julio, le rogaría que buscara el cadáver de un general desaparecido en los campos de Annual. Se llamaba también Manuel y se le conocía por su segundo apellido, Silvestre. Sidi Abdelkrim no dudó en recomendar a su primogénito para un puesto digno en la Administración española. Y plaza de maestro, en una escuela de Primaria, recién abierta en la Melilla de 1906 para los hijos de aquellos rifeños que residían en la plaza, consiguió. Con pronta fama de trabajador, responsable y serio en sus compromisos, gustó a directores, padres y visitantes. Por las ideas que exponía, complació a un capitán de Artillería, destinado en la Comandancia, Cándido Lobera Gilera, fundador de *El Telegrama del Rif*, periódico del cual era su director. Y un día de marzo de 1907 Mohammed escuchó la proposición de Lobera: escribir un artículo, en árabe, para la primera página del diario. El argumento quedaba a su elección. En esa libertad del escritor entraba el hablar de «política internacional». Mohammed quedó más estupefacto que entusiasmado, máxime cuando Lobera le aclaró que no se trataba de escribir un artículo de vez en cuando, sino *un artículo todos los días*. No sabemos cuánto pagaba *El Telegrama*, pero sin ser mucho (¿quince pesetas por artículo?), a Mohammed debieron de parecerle otros tantos ríos de plata. Debe reconocérsele al capitán Lobera que fue tan atrevido como coherente, máxime cuando en esa primavera de 1907, cumplido un año de la publicación de las Actas de Algeciras, el tablero colonial se hallaba en movimiento, con los mismos jugadores de siempre (Alemania, Francia, Italia, Reino Unido), apostadores fuertes, más los mirones de turno (España y Portugal), inquietos de no verse ellos al final subastados y adquiridos. Poco después, el segundo de esos jugadores bombardeaba y arrasaba la ciudad de Casablanca (5 al 8 de agosto).

Dos mil muertos entre la población civil. En esa mesa de póquer se jugaba con artillería y *sin faroles*. Con escuadra descubierta e impiedad oculta. Los ensayos de Mohammed Abd el-Krim pasaron desapercibidos. No iban firmados. Fue una precaución de Lobera, quien no quería complicarle su vida laboral en Melilla ni la familiar en Axdir. Pese a ello, los textos en árabe del *Telegrama* sorprendieron e intrigaron al Marruecos francés, donde solo se editaba un periódico en árabe, *Saada* (Felicidad), y, como tal, con sus gastos sufragados por la Legación de Francia en Tánger.

## Anunciar, con diez meses de antelación, un desorden que «velará la luz del sol»

En junio de 1910 Mohammed obtuvo una inesperada promoción: se le nombraba cadí (juez) de la Oficina de Asuntos Indígenas en Melilla. Cargo importante, que debió de requerir el

Idris I (788-791) y su hijo Idris II (803-829), dinastía fundacional del Marruecos histórico y nacional. De su condición como decana de las universidades sirven como referencias, desde la permanencia de su actividad, estas: la de París en 1090; Oxford seis años después; la de Montpellier en 1169; la de

Salamanca en 1218; Valladolid veintitrés años más tarde; y la de Alcalá de Henares en 1293. Por su simbolismo y estrictas verificaciones arqueológicas, *Al Kairuina* (castellanización de su origen árabe), representa lo mejor del Marruecos científico y ético, por lo que ni su nombre originario

cambiará ni disminuirá el respeto logrado por este centro de docencia, rector del mundo pensante.

visto bueno de la máxima autoridad en la plaza: el capitán general José Marina Vega. Tres meses después, separados por solo un día (ediciones del 12 y el 14 de octubre), aparecían otros escritos suyos en *El Telegrama*. En la edición del día 12, Mohammed, tras recordar que las tribus de Guelaya (próximas a Melilla) «carecían de gobierno alguno», precisaba: «Pero ahora sí lo tienen. Y es España quien ejerce [esa función gobernadora]. España y nosotros hemos unido nuestras manos para la concordia y la paz». Escribir estas frases, a poco de haber reconquistado las tropas españolas el Gurugú, era un lujo eticista. Que un hombre nacido en ese mundo ignoto —el Axdir de entonces— manifestase que rifeños y españoles gobernarían juntos su futuro común, era cosa para admirarse. Y si en Tánger causó perplejidad, en Melilla todo fueron parabienes para el autor. Sin embargo, el 14 de octubre, el mismo anónimo articulista razonaba como sigue:

Marruecos entero se halla al borde de un desorden tan generalizado que el mismo sol cerca está de velar su faz [...] ¿Cómo encontrar la paz en tiempos tan convulsos, a menos de situarse bajo la protección del [poder] extranjero o de poner fin a la vida [propia]?

Este párrafo causó sensación y preocupación. Lo de «situarse bajo la protección del extranjero» tenía sentido y razón a la vez. Ingleses y alemanes expedían, sin cesar, documentos de «protección» a súbditos marroquíes. «Protegido» de Inglaterra habían sido El Raisuni y otros menos influyentes que él. En cuanto a los «protegidos» de Alemania, se los encontraba por doquier. Los hermanos Mannesmann se encargaban de expedirlos. En cambio, «protegidos» de España pocos se encontraban. El aviso del anónimo articulista era procedente. Pero sus otros planteamientos resultaban abrumadores. ¿A qué desórdenes se refería? Y eso de «poner fin a la vida», ¿a quiénes iba dirigida semejante opción? Los hechos posteriores situaron las identidades nacionales en tal *desorden*. Por un lado, la ambición de Francia y, como resultado, el enfado de España: el 21 de mayo de 1911, las tropas francesas del general Moinier ocupaban Fez, con lo que Muley Hafid se convirtió en su rehén. Primer desorden. España replicó con la ocupación de Alcazarquivir y Larache. Sin pegar un tiro ni tener un muerto ni causarlo a nadie (9-13 de junio). Dos cachetes en las narices de Francia. El segundo desorden resultó moderado. Al empujón francés en tierra opuso Alemania el suyo en el Atlántico. El 1 de julio de 1911 el cañonero *Panther* largaba anclas en aguas de Agadir, frente a las islas Canarias. Pitaron las sirenas de las flotas imperiales; se movilizaron reservistas y se revisaron arsenales; se trabajó hasta el alba, madrugada tras madrugada, en cancillerías y estados mayores; se santiguaron decenas de miles de esposas, hermanas y madres de marinos, se hizo acopio de alimentos y medicamentos; se rezó a los santos (en Bélgica, Francia, Italia y Austria), ante las escrituras luteranas (en Alemania) y ortodoxas (en Rusia) y a la Iglesia de Inglaterra en los países donde procediera: medio mundo. La psicosis de guerra planetaria fue absoluta. Todo concluyó el 8 de julio, cuando el *Panther* zarpó. Ese era «el desorden generalizado», capaz de «velar la faz del sol», al que se refería, *inequívocamente*, un rifeño bien informado, que no era ningún echador de cartas. Sin embargo, lo del general Moinier y sus brigadas en el Fez acongojado de Muley Hafid tenía su lógica; incluso la intervención de Alemania en el inerte Marruecos como respuesta a la intolerancia de Francia, pero ¿cómo explicar entonces los desembarcos de infantes de marina y soldados de España en Larache y su marcha forzada hasta Alcazarquivir, cuando tal intervención fue consecuencia de la de Francia en Fez y nada se suponía en octubre? *Porque era cosa ya decidida*.

No había peor desorden que el secuestro del monarca de un reino independiente por las fuerzas militares de una potencia representada, en Fez, por su embajador, Eugène Régnauld. El mismo que, el 30 de marzo de 1912, impondrá, al abatido Muley Hafid, el Tratado de Protectorado, esa Capitulación Sin Condiciones que la Francia intolerante sopesaba desde tiempo ha. La agudeza analítica del anónimo articulista iba en consonancia con la calidad de las informaciones de los agentes alemanes o españoles.

### Sufrir agresiones y pasar hambre, todo por favorecer «el desembarco español»

En julio de 1911, los textos en árabe que publicaba *El Telegrama del Rif* llegaron hasta Túnez. Allí enfadaron a un tal Othman, redactor del periódico *Haquiqua*, otra publicación al servicio de la Francia colonial. Othman firmaba sus artículos y en uno de ellos arremetió contra el anónimo denunciante que, en Melilla, ofendía a Francia al descalificar su política colonial. El tal Othman cargó contra su oponente melillense, sin saber su identidad. Y al reprocharle que se «olvidase» de «las persecuciones de la España cristiana contra nuestros hermanos de Andalucía», atrajo la inmediata solidaridad de los redactores de *Saada*. Mohammed Abd el-Krim decidió partir hacia la guerra de las ideas: y no dio cuartel. El 27 de julio de 1911, en un extenso artículo que exigió casi media portada al *Telegrama*, Abd el-Krim le preguntaba a su oponente, requiriéndole por su nombre:

Sepa usted, señor Othman, que escribo estos artículos como le escribo ahora y escribiré en el porvenir. Mi conciencia está tranquila, mis intenciones son puras. ¿Ha encontrado usted, bajo mi pluma, una sola vez el nombre de España? [...] Hablar, como usted lo hace, de la historia andaluza y de España, durante los tiempos de la ocupación musulmana, hace ya más de cuatro siglos, no prueba nada en la situación presente.

Y de seguido, el párrafo demoledor, que debió de dejar enrabiado al tal Othman:

He aquí lo que resulta en conclusión. España no pretende conquistar Marruecos. Por consiguiente, ella es una [nación] amiga. Sus intenciones son sanas. Francia, por el contrario, quiere borrar a Marruecos del mapa del mundo. En consecuencia, es nuestra enemiga. La consideramos como tal y será así hasta el fin de los tiempos.

Estos extractos de los artículos del futuro jefe del Estado del Rif, que corresponden a la excelente obra de Ayache, prueban a qué niveles de compromiso con España llegó aquel ensayista, que volcaba lo mejor de su alma proespañola. Nunca hubo, ni lo habrá jamás, un periodista musulmán que sea más español que todos los cristianos que un día puedan escribir en árabe y publiquen en el Rif del mañana. Ese era Mohammed Abd el-Krim.

En agosto de 1911, José García Aldave, comandante general de Melilla, ordenó a la Comisión Geográfica del Ejército que saliera al campo para hacer mediciones en las orillas del Kert. Y medidos quedaron los cuellos de los cuatro españoles que allí perdieron sus cabezas (24 de agosto de 1911). Saltó la guerra del Kert a los periódicos y hubo campaneo movilizador en toda España. Y se pensó seriamente en desembarcar en Alhucemas, por lo que se convocó a los amigos de España en Axdir, de los que Sidi Abdelkrim era el más significado.

#### Tratado de Fez, 30 de marzo de 1912

Por el mismo quedó establecido el Protectorado de Francia sobre Marruecos, acto inequívoco de fuerza que motivó el exilio del sultán Muley Hafid. Este régimen protectoral, mantenido hasta 1956, marcó las pautas de las competencias que Francia y España resolvieron asignarse en sus respectivas zonas protectorales,

aunque en este reparto de atribuciones y territorios prevaleció siempre la intransigencia francesa: ocupación militar en mayo de 1926 del estratégico País de los Gueznaya, coalición de tribus al sureste de Alhucemas, tierras y gentes que nunca más fueron reintegradas al Protectorado español.



Cumplió este lo mandado y seleccionó treinta rifeños, jóvenes en su mayoría, que harían de rehenes para garantizar una defensa formalista del Rif ante la Escuadra. Prevista la operación para septiembre, se retrasó «hasta octubre» y, sin más, fue anulada. El recíproco desconcerto se transformó en pozo, pero a él solo cayeron los Abd el-Krim.

El secreto del cadí se descubrió, las gentes de Axdir se enfurecieron y a por él fueron. A matarle no, pues los rehenes aún no habían sido entregados a los españoles, pero a darle un susto de muerte, sí. El 6 de noviembre de 1911 la casa de los Abd el-Krim, sita en una colina situada a unos dos mil metros en línea recta del Peñón, quedó rodeada de hombres armados y vociferantes. Demudado pero muy retieso, salió el cadí a hacerles frente. Le insultaron y amenazaron. No bajó su mirada. Su temple le salvó la vida. Los manifestantes le apartaron a empujones y aparecieron gentes con antorchas. Ardieron ajuares de boda y cosas valiosas, más toda esa iconología religiosa del recuerdo, que fortalece a quien sabe cuidarla. Las llamas expulsaron al cadí y los suyos hacia la playa de Suani. La Roca Española abrió su vientre y les envió una barca armada. A ese salvavidas resbaladizo subieron sin llorar ninguno. A lo lejos vieron alzarse humos negros con bordes rojizos: sus campos ardían. La ira contra los Jattabi iba para largo. Terminaron embarcados en el vapor correo a Ceuta. De allí marcharon a Tetuán, urbe bajo el mandato del Majzén alauí. La familia del cadí de los Beni Urriaguel tuvo que subsistir con las setenta y cinco pesetas al mes de la pensión que recibía. Sobrevivieron con lo que el hijo mayor les enviaba desde Melilla. En cuanto al menor, Mhamed, su padre no dudó en contraer exceso y riesgo a la vez: con el poco dinero que ahorraba le envió al colegio Alianza Israelita. Inscribir a un musulmán en un centro cultural judío para «aprender el francés» conllevaba temeridad y provocación, aunque no faltase a una lógica: *si por España sufrimos tanto, tal vez con Francia obtengamos mejor trato*. Los judíos eran el pueblo repudiado, pero algunos europeos valoraban sus habilidades. Entre ellos, los alemanes. Sidi Abdelkrim fue «investigado» por las autoridades españolas. No faltaba mucho para la Gran Guerra, el «desorden» anunciado por su primogénito. Y entonces Alemania y los Abd el-Krim se entenderían. En agosto de 1912, Sidi Abdelkrim despachó carta de auxilio al general Gómez Jordana, entonces jefe del Estado Mayor de García Aldave en Melilla. Jordana comprendió el apuro del cadí y tomó decisiones: aumentar hasta doscientas cincuenta pesetas la petición del solicitante y concederle la Cruz del Mérito Militar pensionada con setenta y cinco pesetas. En total, cuatrocientas pesetas al mes. Con eso se podía vivir muy bien no ya en Tetuán, sino en Madrid. El problema era la dilación exigida por toda burocracia que se preciara de serlo. Resultado: hasta pasados unos meses, ni una peseta. Quedaron hambrientos los Jattabi y poco sustento pudo suponerles que el cabeza de familia condecorado estuviese, aunque medalla al pecho no luciera.

### Distinciones por salvar españoles y mentiras para agradar a la España oficial

El hijo mayor había sido también condecorado. Cuatro veces. A finales de 1911 le fue concedido el grado de «caballero» de la Orden de Isabel la Católica por «su inteligencia y celo» en su pedagógico trabajo melillense. En marzo de 1912 le concedieron la Cruz del Mérito Militar con distintivo blanco, que él ganara en una tregua entre el Rif de Amezzián y los españoles de García Aldave. El premio a su eficacia como mediador entre quien retenía a ocho soldados y un cantinero español, capturados en los combates de Izarrora (27 de diciembre de 1911), y quienes esperaban verlos sanos y salvos. La entrega se produjo (8 de febrero de 1912) en Sammar, orilla derecha del Kert en su desembocadura. Quedaron contentas las familias de



los excautivos; contentos también los generales (Jordana y García Aldave), y tanto contento general derivó en una bella cruz esmaltada en blanco. La tercera fue la Cruz del Mérito Militar, otorgada en mayo de 1913, pero con distintivo rojo, el que se concede por acción de guerra ante el enemigo. Por lo que padecería Abd el-Krim hijo en los tres años siguientes, cabe preguntarse quién era «ese enemigo», porque los lugares de su acción neutrales eran. Esa Cruz le llegó pensionada con cincuenta pesetas, dote oficial anexa al valor probado. En octubre recibiría la Medalla de África. Objeto en bronce, con bellos bajorrelieves. Cuatro condecoraciones seguidas. España, dadivosa en medallas y en pensiones; sorda en ruegos y ciega en advertencias; mantenedora de guerras en tierras que no eran suyas, en lugar de aliarse con sus dueños. Dos meses después, Amezzián, primer líder del Rif Libre, caía en epopéyico desafío. Él solo contra un muro de jinetes: los Regulares que mandaba el coronel Berenguer. Sucedió en las quebradas de Alal-u-Kaddur, no lejos del Kert. Quedaron los rifeños sin guía moral y asombrados los españoles de su suerte bélica: el jefe de las fuerzas enemigas les había retado en solitario, arengándoles para que se le unieran en la lucha común contra el invasor. Un pelotón de los arengados le apuntó a muerte (a cien metros) y lo mató con una descarga cerrada (cuatro tiros en el pecho y uno en la nuca, infamia pronto descubierta). Al difunto jerife se le practicó un reconocimiento clínico ante el notario Roberto Cano. La decisión provino de García Aldave.

Confirmadas sus sospechas —Amezzián fue rematado después de muerto—, el cuerpo fue llevado a Melilla para ser allí expuesto. Y ocurrieron tres cosas: la primera, una coincidencia, las restantes, sendas argucias y denigrantes ambas. En 1981 se descubrió la primera y en 2009 la segunda. Entre ellas se condenaron. Los hechos ocurrieron el miércoles 15 de mayo de 1912, el mismo día en que Amezzián caía en combate, siendo a continuación ejecutado después de haber fallecido. Ese tiro «en el occipital» destaca en el acta notarial con toda su perversión manifiesta, más un gumiazo en uno de sus costados. *Prueba rápida* para saber si el difunto disimulaba su muerte. Abd el-Krim acababa de llegar a Melilla. No está claro si procedía de Málaga, adonde iba con frecuencia por sus compromisos pedagógicos, o del Peñón de Alhucemas tras haber visitado a sus padres en Tetuán, pues allí seguían. Y en carta que escribe a su padre, fechada el viernes 17, le dice: «Al desembarcar, nos enteramos de que habían matado a Amezzián aquel mismo día [...] A las ocho de la noche de ese día llegaba el tren que transportaba los (sic) restos mortales; los llevaron luego al hospital y vimos a Amezzián tendido de espaldas, con una herida en el corazón producida por una bala (sic)».

Esta carta (recuperada por Madariaga en su tenaz búsqueda por los Archivos del Quai d'Orsay) es pieza fundamental probatoria de la exactitud en los datos de quien escribe tal misiva; de la emoción del narrador al contemplar el cuerpo yacente de Amezzián; del desamor que se autoimpone con respecto a su ética y su patria; del castigo adicional de aconsejar a su padre que escriba al general García Aldave *felicitándole por la victoria* conseguida sobre los rifeños y el hecho de haber «capturado (sic)» al líder del Rif. En esa carta, que es como una *prueba de contacto* del negativo interior (autorretrato) de un hombre en verdad atormentado, se aporta extraordinaria información sobre lo ocurrido. En el penúltimo párrafo del texto, Mohammed le dice a su padre: «No le hablé todavía de nada al general (de tus apuros), ya que están todos agitados y turbados después de la alegría que sintieron y la *aprensión posterior*». Esa «aprensión posterior» era el haberse dado cuenta de que a un hombre reventado por cuatro disparos en su pecho —uno «partiéndole el esternón», dos «alcanzándole en la región precordial» (el corazón)— le dieron vuelta a su cuerpo inerte y *alguien*

—uno de los tiradores de aquellos Regulares que mandaba el sargento Ben Hassain y el cabo Lanca—, en vesánica acción, le pegó un tiro en la nuca.

Porque esa descarga cerrada le llegó de frente y detrás del héroe solo una fila de los suyos había. Primera prueba. Aquella bala en esa nuca no salió, prueba de su pequeño calibre (un 7,65 o 6,35 milímetros). No hubo consecuencias porque el cadáver fue expuesto en decúbito supino (boca arriba); nada podía añadir don Roberto porque en su acta todo lo decía y nada dijeron los jefes y oficiales que lo vieron.

En su despedida, Mohammed incrementa su propio martirio al sugerirle a su padre:

Sería una buena cosa que, por cortesía aparente, le escribieras al Moj [mando supremo] para felicitarlo por el éxito que ha obtenido en la última batalla y por la captura [sic] del jefe del partido rifeño, Amezzián, una carta redactada en estos términos...

Y Mohammed le dictaba a su padre, con encabezamiento incluido «Al Señor Capitán General García Aldave», la carta que, efectivamente, su progenitor redactaría, firmaría con fecha «20 de mayo de 1912» y despacharía al general de división José García Aldave.

Hay que ser implacable con uno mismo, incluso impávido verdugo de los ideales propios, para ejercer de cínico servidor del jefe de un ejército extranjero y no dejarse las entrañas en el intento. Más aún, hay que sentirse parte intrínseca del país ocupante para decir cosas tan contrarias a sus convicciones como rifeño y hombre libre. Estas cartas [la de Abd el-Krim la publicó Ayache en 1981, pero sin la ecuánime labor de Madariaga en 2009 de poco valdría] prueban a qué niveles de automutilación moral se entregó Abd el-Krim. Para luego no ser reconocido como «súbdito español», porque esa fue su obsesión. Mohammed Abd el-Krim había «elevado reglamentaria instancia» al rey de España. En el final de ese documento, fechado en Melilla el 8 de octubre de 1910, el solicitante rogaba al monarca su «gracia» para que «se digné concederme la ciudadanía española». Y le razonaba:

Aparte de esto [tareas docentes] he demostrado adhesión y cariño a la Nación española en cuantas ocasiones se me han presentado, no solo por mi parte, sino por la de mi padre, quien siempre se puso al lado de España en las cuestiones suscitadas en Alhucemas con el campo [Axdir], sufriendo por ello castigos de los suyos [los rifeños].

Alfonso XIII no contestó al solicitante; tampoco era su obligación. Nada respondieron los ministros de Estado (Pérez Caballero) o Gobernación (Moret), ni el de Gracia y Justicia (Martínez del Campo). Ni hubo recomendación alguna, en favor del peticionario, por parte del general García Aldave, al mando en Melilla desde el 1 de octubre de 1910. El 21 de julio de 1915 Abd el-Krim decidió reelevar su instancia al jefe del Estado. A mismo rey, idéntica respuesta. De esa tercera vez de los Abd el-Krim, que era la segunda del primogénito, consta la información previa requerida al comandante general de Melilla, Luis Aizpuru. En su telegrama a Gómez Jordana, alto comisario, Aizpuru le argumentaba:

Por lo expuesto, considera esta Sección (de Asuntos Indígenas) es más conveniente para nuestra labor que el *recurrente* (la cursiva es mía) permanezca en la

ciudadanía marroquí mientras siga desempeñando el cargo actual, debiendo en tal sentido emitirse el Informe ordenado por la autoridad.

Ese «cargo actual» eran dos: Mohammed Abd el-Krim ejercía como *cadí* (juez) de la cabila de Farhana, fronteriza con el perímetro exterior del campo fortificado de Melilla, más el de *naib-al qadi-qoddad*, presidente del Tribunal de Apelación, en el que se estudiaban los recursos a sentencias anteriores. Ese *juez de jueces* que fuera Abd el-Krim hijo estaba muchísimo mejor donde ejercía tal cargo, que no como ciudadano español.

Cuando el solicitante lo único que quería era lo obvio: proteger a su familia y sentirse respetado. Tres solicitudes de ciudadanía, más otra *reservada* pero archivada, que fue aquella carta de felicitación sugerida por Abd el-Krim hijo a su progenitor, siendo su destinatario García Aldave. Tres lealtades rechazadas al no ser consideradas *suficientes ni convenientes* y una cuarta, la confidencial, que fue agradecida por el destinatario, pero de nada sirvió.

### Abd el-Krim expone su «Proyecto de Límites y Paces»: acaba en la cárcel y cojo

El 15 de agosto de 1915 Abd el-Krim hijo afrontó insólito juicio, sin ser una vista pública. Fue en Melilla y ante el capitán Vicente Sist, jefe de la Policía Indígena en la Roca del Nekkôr. El general Aizpuru estuvo presente desde su despacho, informándose de cómo avanzaba el interrogatorio y el orden de las justificaciones que el convocado debía presentar con respecto a los actos de su padre, pues Sidi Abdelkrim, y no su hijo mayor, era la causa de aquella sesión aclaratoria. Se cumplía el primer año de la «Guerra Europea», definido por el crucificante calvario que afectaba a los ejércitos y las flotas de la Entente. Entre el 22 y el 24 de abril, en Yprès (Flandes), las tropas británicas se desbandaron al ser agredidas de *forma silenciosa*: monstruosas nubes de cloro, surgidas de grandes cilindros situados en las trincheras alemanas, habían cubierto, con su blancuzco y amarillento manto, las líneas aliadas asfixiando a los hombres y las caballerías, marea de muerte y destrucción a la que fue imposible contener. La falta de reservas en el ejército alemán impidió la «explotación del éxito» y la aniquilación de sus aterrorizados oponentes. Se hablaba de «quince mil soldados gaseados». Gases. Palabra maldita al envenenar las concepciones militares, morales y sanitarias de los ejércitos en lucha y sus retaguardias. En el Egeo, las torpezas de mandos británicos (De Robeck, Hamilton, Stopford) habían provocado sucesivos desastres. En los Dardanelos (18 de marzo), la flota franco-británica, tras ver hundirse a tres de sus acorazados, había dado la vuelta, desistiendo de tomar Constantinopla. En la península de Gallípoli, las fuerzas austro-neozelandesas, angloindias y francesas acumulaban pérdidas devastadoras: doscientos diez mil hombres habían causado baja hasta el 29 de agosto. La retirada era inevitable. Al sumarse otras cuarenta mil bajas en los siguientes cuatro meses, los aliados salieron de Gallípoli (9 de enero de 1916) desesperados y humillados. La Turquía de Enver Pachá se alzaba como gigantesca nube islámica, cuyo granizo letal acribillaba a los ejércitos de Occidente. Bien abastecida en armas por Alemania, podía llegar a El Cairo y hasta situarse al otro lado de Gibraltar. Los triunfos alemanes y turcos trasladaban sus efectos a España y el Magreb. Pero lo que a una mayoría del ejército español le satisfacía por ser proalemán, a la diplomacia la aterraba: si Francia caía vencida —las batallas no cesaban en torno a Reims y en las líneas del Aisne, el Mosa y el Somme—, viéndose obligada a rendirse, sus dominios en el norte de África al suelo de la derrota irían también. Una Alemania y una Turquía triunfantes

impondrían su ley desde el mar Negro hasta el Atlántico marroquí. Para entonces, *mal pudie-ra ser* que España hubiera abandonado su parte de Marruecos, empujada por una sublevación generalizada de las tribus. De ahí el temor en Melilla a los Beni Urriaguel, pilar del Rif. Enfrentado a pruebas acusadoras de las relaciones que Sidi Abdelkrim había mantenido con agentes alemanes, a la vez que cooperado en el alistamiento de una harca con la que Abd el-Malek —sobrino nieto del célebre Abd el-Kader, caudillo de la insumisión argelina contra los franceses entre 1830 y 1847— preparaba, con dinero alemán pero desde suelo español, su acoso a los franceses de Lyautey, Abd el-Krim ni se molestó en exponer tan abrumadora contradicción de la política española.

Pero sí hizo ver su buena fe en todo el asunto, de lo cual era prueba irrefutable su carta del 7 de agosto, en la que, animado por el teniente coronel José Riquelme, en relación al cese de los encuentros con agentes extranjeros que su padre mantenía, le prevenía y, sin sutilezas, le ordenaba:

Por consiguiente es necesario, dado que se trata de una orden que te hace llegar el general [Aizpuru], que te abstengas de apoyar ninguna otra iniciativa, ni en favor de Turquía ni la de cualquier otro Estado. Al contrario, debes oponerte, con todas tus energías y atraerte a todos nuestros amigos para que hagan igual, consagrándote, obstinadamente y sin [mostrar] debilidad, a la única causa legítima, que es la de España misma.

El anterior extracto de esa carta (publicada en 1981 por Ayache, el primero en divulgarla) prueba la resistencia de esa españolidad en Abd el-Krim hijo, a tal grado que hasta parece congénita, pues daba órdenes a su padre con una aspereza que ni Aizpuru usaría. Una semana más tarde, convocado a la Comandancia de Melilla y puesto ante un capitán del cual tenía pésima opinión —por sus negocios turbios con rifeños no menos tortuosos—, decidió que ya bastaba de exigir sacrificios a su familia y enfrentarlo a su propio padre.

Para asombro del capitán Sist y el estupor admirativo del general Aizpuru, conscientes ambos de que «el declarante» se condenaba a sí mismo y a los suyos, oyó aquel y leyó este lo que Abd el-Krim hijo, al borde de verse suspendido de todas sus funciones, les exponía en relación al futuro de España en el Rif y de este con la potencia protectoral. Eran doce cláusulas. Las de mayor importancia (encabezadas por el preceptivo pronombre relativo, que Sist antepuso a cada una de ellas), fueron las ocho siguientes:

- Que detesta a los franceses y buscará cuantos medios pueda para combatirles (1º).
- Que desea la grandeza del pueblo musulmán y la independencia del Rif no ocupado (2º).
- Que los Jóvenes Turcos intentan sublevar al mundo musulmán contra los aliados (3º).
- Que su padre y él mismo han abrazado, con entusiasmo, ese ideal y, a tal fin, nada ni nadie podrá disuadirles de sus propósitos (6º).
- Que su primera tarea será constituir un Gobierno, el cual tratará con España (7º).
- Que alistarán harcas que marcharán a combatir a los franceses, sin que esta acción deba entenderse como amenaza contra España. Otra gran harca guardará la línea del Kert (9º).

Que la ocupación [los previstos desembarcos en Alhucemas] supondría la muerte para su cabila de Beni Urriaguel, que así lo considera él mismo y se alzaría contra aquella (11ª).

Que España debe contentarse con el terreno ya ocupado y renunciar al resto (12ª).

Este *auto de fe*, por el que el primogénito de Sidi Abdelkrim prendía fuego a su futuro a la vez que demostraba su valentía, podemos definirlo como «Proyecto de Límites y Paces», algo que los españoles de entonces (salvo Riquelme) consideraron «intolerable amenaza».

Abd el-Krim fue conducido al fuerte de Cabrerizas Altas, bloque amacizado de torres y murallas con aspilleras y troneras, mazacote descatalogado de la arquitectura militar del siglo XIX, no ya del Veinte. No servía para nada, excepto para prisión. Y mucho se desesperó en ella el mejor periodista rifeño y el más español de los rifeños pensionados por España. Cansado el preso de que las peticiones de su excarcelación, tramitadas por amigos españoles, fuesen todas desatendidas, hizo saber su intención de fugarse a un conocido suyo. Este habló con otro, el cual encontró al rescatador idóneo y su método, casi mortal. Hossain Bunsari se llamaba el primero; el segundo, *cuerda enlazada a otra*. Pasaron la inspección de guardia en una cesta de alimentos frescos, en cuyo fondo iba esa peligrosa cuerda como áspid enroscado. La huida quedó acordada para la noche del 23 de diciembre de 1915. Un grupo de fieles le esperaba. Harían una parte del camino a pie y luego todos a caballo. Cabalgarían hasta el alba, en pos del Rif. La libertad.

Mohammed, delgado entonces, salió sin dificultad por aquella ventana-tronera. Silencio tranquilizador. Abajo, inquietante tenebritud. Arriba, un cielo sin luna, cómplice perfecto. Amarró la cuerda a lugar seguro, la ató a su cintura y empezó a deslizarse. La primera mitad del recorrido por el muro fue bien. De improviso, la cuerda se atascó. Tiró con fuerza y bajó un poco. La cuerda se tensó. Era corta. Dudó entre saltar al vacío o ascender. Y en ese instante, la cuerda se rompió. Cayó desde unos seis metros de altura y sobre los tetones de hormigón en el foso, guardianes cementados que a poco lo matan. Dolor intensísimo y desvanecimiento. Quienes lo aguardaban oyeron el golpazo y acudieron. Mohammed tenía una fractura abierta en su pierna izquierda. Imposible llevárselo en tal estado y menos a caballo. Mejor dejarlo allí y que lo cuidasen los españoles. No lo iban a fusilar por intentar escaparse. Había sido juez de jueces. Superadas estas dudas, lo depositaron junto al portón de entrada y, apenados todos, partieron sin hacer ruido. El preso volvió a ser apresado. Los médicos lo atendieron con respeto, pero quien diera las órdenes clínicas no tenía criterio. La fractura fue mal reducida y su enyesado agravó esos efectos. Quedó cojo de por vida.

Esa cojera desestabilizará su cadera derecha (para compensar la inestabilidad y el dolor de su pierna izquierda). Sufrirá discapacidad, a ratos severa, que le impedirá andar con regularidad. Le quedaba su cabeza. Con ella le bastaría. Transcurrieron siete meses. Y a primeros de agosto de 1916, el general Aizpuru pudo comunicar a Sidi Abdelkrim, con sincera alegría, que su hijo se hallaba en libertad. La noticia de la liberación de «Sidi Mohand» (Monseñor), como se conocía a Mohammed Abd el-Krim, conmovió a su familia, pero también a la mayor parte de su pueblo. Su cautividad y la lesión padecida al fugarse lo habían convertido en un héroe. En enero de 1917 fue repuesto en todos sus cargos. Menos en el de anónimo articulista. La fama era mala compañera para expresarse en un periódico melillense y en plena Gran Guerra.

A lo largo de 1919 los Jattabi subsistieron gracias al producto de sus cultivos y la venta de concesiones sobre «suelos con indicios fehacientes de mineral»; también como intermediarios en la compraventa de terrenos. Este modo de vida, entre el enfado de unos y la amenaza de otra guerra entre familias rivales, fortaleció su voluntad de rebeldía. La situación hizo de los cuatro Jattabi —Sidi Abdelkrim, sus hijos Mohammed y Mhamed, más Abd es-Selam, hermano menor del cadí— «la frente del Rif disidente».

Cortos en partidarios, no lo estaban en ideales: la soberanía nacional, defensa de los bienes comunes, preservación de sus costumbres, compromiso de luchar por su patria y fe. Les faltaban tres cosas: armas, dinero y una primera victoria. Con un solo triunfo levantarían un ejército. En 1920 se reactivó el afán por explotar las riquezas del subsuelo alhoceímico. Compañías asentadas en el área de Melilla, como la Sociedad Minas del Rif y el consorcio Setolazar, cuyo sello empresarial venía definido por el acrónimo resultante de ensamblar las tres primeras letras de los apellidos de otros tantos empresarios vascos —Francisco Setuaín, Juan Olavarriga y Félix Ortiz de Zárate—, formaron parte del empeño, que acabó en un problema nacional sin ser su totalidad. La otra parte se identificaba con un personaje novelesco, siendo auténtico: el naviero e industrial vizcaíno Horacio Echevarrieta, exdiputado republicano, activo filántropo y empresario modélico (impulsor de «la semana laboral de cinco días» entre el personal de sus astilleros), enriquecido por sus fletes en la Gran Guerra. Antonio Got, excapitán del ejército, y Dris Ben Said, agentes ambos del industrial Echevarrieta, aportaron sus diversas maniobras. Un tercero, Francisco Caballero, representante del consorcio minero Setolazar, hizo lo propio con las suyas. Estos cruces de intereses —poseer nuevas tierras y explotaciones mineras en el Rif, con lo que obtendrían más dinero, poder e influencias— mermarían poco a poco hasta desaparecer. Del poder se habló mucho, aunque al final quedó en nada. Las fabulosas riquezas serían solo eso: cosa de fábula. Imaginaciones mineralógicas con soporte calenturiento. El dinero llegó al Rif con la intención de *multiplicarse por mil*. No revertió en el pueblo rifeño, sino que pasó a manos de los contrabandistas de armas o a oportunistas jefes de tribu que, a su vez, las habían recibido de España «para su seguridad» y, al no necesitarlas, como buenos mercaderes, las revendieron. Negocios y excusas para armar una guerra.

Arsenio Martínez de Campos y de la Viesca, nieto del célebre general, parlamentario independiente, conocido por la fiabilidad de sus fuentes de información, denunció ante el Congreso de los Diputados la cifra exacta, al receptor de la misma y los fines alcanzados: «Es curioso que la sublevación del Rif se iniciara, precisamente, por la cantidad de trescientas mil pesetas que, por [los derechos de] unas minas, dieron a Abd el-Krim [...] Los Beni Urriaguél han comprado todas las existencias de fusiles y municiones de las cabilas que se iban sometiendo a España y a muy buen precio» (21 de octubre de 1921). Para cuando Martínez de Campos dijo estas cosas en el Congreso, el general Silvestre cumplía tres meses como desaparecido. Pero el ejército que él mandase, igualmente perdido, aparecía en porciones: un centenar de muertos en Nador, otros trescientos entre Nador y Zeluán, quinientos cadáveres momificados en Zeluán, más los que se encontrasen en Arruit, donde cita había con el espanto. Y allí, el 24 de octubre, apareció el ejército muerto. Insepultos los más (unos dos mil quinientos), semienterrados los menos (unos trescientos). Los demás, *alrededor*. Se tardaría años en reunirlos. Esos doce mil o trece mil soldados de Silvestre fueron *los hombres inconclusos*. Todavía hoy lo son.

## Un viejo amigo muerto cerca del Izzumar y un Estado nacido en una noche

Aquel sábado 22 de julio de 1921, Abd el-Krim y su cuñado Mohammed Azerkan —casado con Rahma, la segunda de sus hermanas— subieron por la cara norte del Izzumar, repleta de despojos militares y cuerpos exánimes. La derrota española, vista así, encima mismo de su realidad, resultaba agobiante, mas no incapacitante. Siguieron subiendo y, cerca ya de la cumbre, un cadáver les llamó la atención. Uniforme de coronel, cuerpo pequeño, pies sin botas, rostro surcado por extenso y profundo tajo, ojos vidriosos, pelo hirsuto y canoso, manos finas y expresión doliente. Era Gabriel de Morales y Mendigutía, el jefe de la Policía Indígena. El líder rifeño quedó abstraído frente al caído. La muerte —la pérdida de sangre y de flujos intestinales— había comprimido su abdomen y enflaquecido sus brazos y piernas. Parecía un cadete muerto por accidente y no un coronel de sesenta y un años, con seis trienios de campañas entre Cuba y Marruecos. Abd el-Krim ordenó que cuidasen el cuerpo del buen amigo perdido, porque decidido estaba a devolvérselo a sus familiares. Urgía sacarlo de allí cuanto antes. El sol de la tarde y el relente de la noche, más el saqueo de hombres y alimañas, peores aquellos que estas, lo despedazarían. Azerkan prometió encargarse de ello personalmente. El cadáver del coronel Morales sería el único que, con independencia de su rango, el Rif de Abd el-Krim entregaría a la España del coronel Masaller, al mando de la artillería y tercer jefe de la Comandancia de Melilla, compañero del difunto.

Mientras descendía por las revueltas de la cara sur del Izzumar, un enorme penachón de humo negro le servía de infalible orientación: Ben Tieb, el mayor almacén de provisiones, municiones y elementos de fortificación del Rif, ardía de punta a punta. Abd el-Krim comprendió lo difícil de sobrevivir a una gran victoria. Allí, en medio del desastre español, todo parecía factible y a la vez imposible de encauzar. Se vio rodeado de bendiciones y dudas. Las primeras eran de sus guerreros; las demás solo suyas.

Decidió seguir el curso de la derrota del enemigo, acosándole por los flancos, empujándole hacia la confusión, que intuyó sobrevendría entre el mar y el Gurugú.

Al declinar la tarde le llegaron avisos de que el general Navarro estaba en Dar Drius. Había llegado con sus ayudantes, solo, sin tropas. Sus únicos refuerzos estaban allí los escuadrones del regimiento *Alcántara* y la solidez del campamento que ocupaban. En Drius tenían los españoles más cañones, tal vez doce, municiones y víveres. Y agua justo al lado, la débil corriente del Kert. Tendría que desviar su curso y sería obra sangrienta, bajo el alcance de la artillería emplazada en Drius. Si España movilizaba sus reservas y Navarro concentraba en Drius sus dispersas fuerzas, algunas de ellas intactas, como la columna de García Esteban, acantonada en Zoco el Telatza de Bu Bekker, la guarnición de Chaif, que mandaba el teniente coronel Romero Orrego y la columna Araujo en Dar Quebdani y de la que nada sabía, excepto de que *no se movía*, tendría que enfrentarse a una masa enemiga de unos siete u ocho mil hombres con treinta o más cañones. Todo dependería de si los españoles se concentraban en Drius o se retiraban a Nador.

Allí estarían cerca de Melilla con el mar cubriendo su flanco derecho, cara a la plaza. Si era lo primero, tendrían dura lucha y durante semanas. Daría tiempo a la llegada de más tropas a Melilla y entonces las harcas tendrían que replegarse. Le llegaban avisos de que todo Kelaia (Oriente del Rif) era un hervidero de desertiones, destrucciones y desbandadas. Los españoles andaban de aquí para allá, pero sin cabeza.

Al anochecer, Abd el-Krim, cansado y dolorido, volvió a Annual. Desde lejos vio las fogatas para cocinar. Los guerreros del Rif comían, reían y se abrazaban. Bien estaba. Dispa-



ros, en rápida sucesión. Un festival de tiros al aire. De repente, imprecaciones. Disputas por el botín (testimonios del teniente médico Antonio Vázquez Bernabéu). Eso tenía que acabar. Sus órdenes se cumplieron al instante. Solicitaron su perdón mientras (unos pocos) le besaban la mano o los bordes de su chilaba (los más). Cenó sin ganas y salió a ver las estrellas. Espectáculo grandioso. Orbitalidad absoluta. Cuadro gigante de la geometría astral y expansiva. Máxima proximidad a los confines estelares. Y una serenidad superior a la perceptible desde la playa de Suani. Bajo ese universo de destellos parpadeantes, que convertía en inmovilidad el tránsito no ya de la Tierra por el cosmos, sino la historia del mundo, caviló sobre las prioridades a seguir.

Por lo que Abd el-Krim decidió en los siguientes días, fueron estas: enviar mensajeros que anunciaran la victoria del Rif con escritos a las legaciones diplomáticas en Tánger y, de forma reservada, a los líderes turcos. Clasificar, ordenar y reparar el material de guerra tomado al enemigo, distribuyéndolo entre las harcas según la valía de sus jefes. Constituir parques de artillería, fusiles y municiones como reserva del Rif en armas. Ayudar a las viudas y huérfanos, auxiliar a los enfermos y mutilados, establecer tiendas-hospital detrás del frente para socorrer a los heridos graves y evacuarlos cuanto antes. Empezar la inmediata instalación de líneas telefónicas en sustitución de los heliógrafos, armatostes que eran un atraso y foco de confusiones; instaurar *mahkamas* (tribunales), que servirían como cuarteles generales y comisarías; elegir los lugares adecuados para concentrar a los prisioneros, porque eran muchos (quinientos ochenta y siete) y debían ser cuidados y vigilados, pues valían mucho dinero y de su rescate se beneficiaría el Rif.

Implantar la escolarización obligatoria entre los seis y los catorce años; alentar la alfabetización en los jefes de las harcas y sus mandos subalternos. Y propiciar que las madres con hijos y maridos convalecientes pudieran dejar sus niños al cuidado de otros familiares, para socorrer ellas a sus esposos o padres impedidos de moverse.

Le avisaban. Un correo llegado desde Axdir. De su tío, Abd es-Selam. Le comunicaba que había recibido una carta, firmada por el coronel Civantos, jefe de la Roca del Nekkur, dirigido a él como «Mohammed Abd el-Krim», donde le decía que tenía órdenes de la Comandancia de Melilla para que acudiera a ellos, los Jattabi, «rogándoles hicieran gestiones para recuperar los cadáveres del general Silvestre y del coronel Morales». Lo segundo hecho estaba; de lo primero solo indicios tenía. Tiempo había para eso. A la luz de uno de los quinqués de petróleo supervivientes escribió unas líneas para Abd es-Selam. Introdujo su escrito en una desgastada billetera y se la entregó al *rakkas*. El mensajero, hombre fuerte y alto, prometió cumplir y, tras inclinar su cabeza con respeto, se fue. Con paso rápido, cuerpo erguido y sin probar bocado. Al alba estaba en Axdir. Madrugada en Annual. Silencio aplastante, universal en su magnitud. Todos los ruidos de una guerra absorbidos por el estruendo de aquella derrota. Sus harqueños descansaban donde unas horas antes se incorporaban los españoles de Silvestre, en su mayoría desaparecidos en el vientre del *lzzumar*. Azerkan le había enseñado un cadáver que aseguraba era el de Silvestre. Podía ser, pero estaba desfigurado. Y ninguno de los dos desmontó para comprobarlo. Silvestre yacía muerto en cada una de esas tiendas, en todos y cada uno de esos cadáveres. Se sentía incómodo entre tanta destrucción y muerte. Le costó encontrar un sitio, pero sin conciliar el sueño. Poco a poco, el *lzzumar* empezó a coger altura, recortándose su masa sobre un azul de mar profundo, que a lo más alto del cielo llegaba.

Por la cintura del monte, una franja púrpura crecía y crecía. Alboreaba. Tenía treinta y nueve años y había derrotado a la España de Alfonso XIII, cuatro años más joven que él.

Debía medir cada paso político o militar que diera para no convertir este triunfo, que era el de todo el Rif, en una tragedia para su pueblo.

### Edificar un Estado sin dejar de hacer la guerra ni de pensar en el pueblo

Fiel a su plan, conformar una unidad estatal a partir de la unidad familiar de partida —los Jattabi y sus ramas colaterales—, Abd el-Krim pudo constituir su Gobierno a los pocos días de la muerte de Silvestre. En la práctica, ese Gobierno del Rif funcionaba desde el mismo día en que se produjo la caótica retirada española a través del desfiladero del Izzumar. Al frente de ese Gobierno estaba Abd es-Selam el-Jattabi, nacido en 1884 y tío paterno de Abd el-Krim. De niños habían jugado en la casa paterna, la de Sidi Abdelkrim, en Axdir. Y de jóvenes marcharon juntos a estudiar en el Fez de 1902-1904 para formarse en la Universidad *Al-Qarawiyyin*. Tío y sobrino «eran como hermanos», frase que, en su caso, suponía una convivencia en firme y un prolongado afecto. En enero de 1922, tras la pérdida de la línea del Kert —reconquistadas españolas de Dar Drius, Kandussi y Dar Quebdani—, replegados los rifeños a la línea defensiva silueteada por el macizo de Tizzi Assa y el de Peña Tahuarda, el recorrido del frente oriental se estabilizó entre su extremo norte, Afrau, y el sur, Issen Lassen. Contenidos los españoles, malheridos por sus ataques sobre Tizzi Assa y sus defensas en Tahuarda, la necesidad de más amplias levadas rifeñas era exigencia diaria en este tipo de guerra. Hacían falta más *hombres y menos zancadillas*, provenientes de los *chiuj* (jefes) de mayor edad, radicales en su sentido coránico de la vida. Se oponían a todo: a la escolarización, a las medidas de higiene, al control de la acumulación de alimentos, a los cambios de emplazamiento de los zocos para desorientar a los pilotos españoles y soslayar los bombardeos aéreos. En esta situación, Abd el-Krim, tras debatirlo con los miembros de su Gobierno provisional, consideró llegada la hora de enaltecer el rango, que no la función, de su propia jefatura. Y el 1 de febrero de 1922 el Estado Rifeño (*ad-Dawlat ar-Rīfiya*), manteniéndose como tal, pasó a presidirlo su *amir* (príncipe), el mismo Abd el-Krim.

Al configurarse la estructura del Gobierno de una forma definitiva, no tan dependiente de las primeras alteraciones bélicas, asegurado el Yebel Seddun como vigía artillado del propio gabinete rifeño, Abd es-Selam pasó a ser «ministro» de Finanzas, aunque retenía la condición de «vicepresidente» del Gobierno para las ausencias de quien era el jefe del Estado, Abd el-Krim. El segundo cargo en importancia era el de «ministro» de Asuntos Exteriores, que asumió Mohammed Azerkan, casado con Rahma, una de las hermanas de Abd el-Krim. Otro cuñado de Abd el-Krim, Mohammed Buyibar, casado con Taimunt, asimismo hermana del líder, reforzaba ese «ministerio» de Asuntos Exteriores al actuar como «ministro habilitado» del mismo para cuando se cruzasen los viajes de Azerkan con los desplazamientos de los hermanos Abd el-Krim por los frentes en guerra, que fueron dos a partir de noviembre de 1921, al efectuar Mhamed una osada incursión en Gomara, de donde pasó a Yebala para enlazar con las fuerzas raisunistas, enlace que consiguió, pero sin que se derivase una cooperación militar y política entre los Abd el-Krim y El Raisuni.

Esa incursión se repitió en 1923, sin penetrar en Yebala, y culminará con la gran invasión rifeña de 1924. El tercer cargo en relevancia era el de secretario de Abd el-Krim, puesto que ocupó Mohammed el-Hayy. Un cuarto puesto, no tan simbólico como parecía, era el de «ministro» de Marina, que recayó en Rais Messaud Sibara, el jefe de los Bocoya que propusiera a Silvestre, en febrero de 1921, un audaz golpe de mano para desembarcar una brigada

de asalto —dos mil españoles con artillería de montaña—, en las playas (Cala del Quemado y Los Frailes) de su cabilia, que flanquean y dominan a la de Suani, glacis defensivo de los Beni Urriaguel. *Sibara* mandaba la flotilla de gasolineras (lanchas rápidas) y cárabos (pesqueros a vela) que burlaban el bloqueo naval español. *Sibara* tendrá un dramático final: muerto a tiros por un sicario de Azerkan o «fusilado por orden de Abd el-Krim» (tesis de Sánchez Pérez). Ambas opciones, truculentas, hay que entenderlas con muchas reservas.

El poder ejecutivo del Rif Libre era bífido aunque fraterno: a Mhamed Abd el-Krim se le ascendía a la categoría de *jalifa* (lugarteniente del sultán). En consecuencia, su hermano mayor, aunque fuera solo emir, en la simbología ejecutiva del concepto actuaba como *sultán*. Y el apelativo de *Sidna* («Nuestro Señor»), con el que se le conocía, acentuaba tal elevación estatista y califal. Lo que importaba en esta estructura era ese *familiarismo* gubernativo evidente, en síntesis, nepotismo total. Todo se propone y queda en familia. El resultado era un Gobierno sin fisuras, opaco y denso como puerta acorazada.

No se percibirán conflictos internos (habiéndolos) y mucho menos secesiones transmitidas a los cuatro mundos (vértices) exteriores que importaban al Gobierno rifeño: el mundo turco, el británico, el francés y el alemán. Sin variación significativa alguna, seguiría así hasta 1926. El posterior cambio de «emirato» a república, acción decidida por Abd el-Krim un año y cuatro meses después, sancionada con la preceptiva proclamación (1 de julio de 1923), le serviría para utilizar tres tarjetas de visita: una como presidente de la República del Rif (*Ra'is ad-Yumhûrya ar-rîfiya*); otra como emir del Rif (*amir ar-rîfiya*) y una más como presidente del Estado Rifeño (*Ra'is ad-Dawlat ar-rîfiya*). La regla a seguir venía a ser la siguiente: para la correspondencia con autoridades y organismos internacionales, la primera; para las órdenes a jefes de cabilia o de fracción, la segunda; para contener o anular la arrogancia de aquellos normarroquíes adictos a la grandilocuencia, la tercera.

### Tres puntos que valían por la pacificación del Rif y la liberación de los cautivos

Abd el-Krim dormía poco, unas cinco horas al día todo lo más. Y eso se nota tanto en su ingente capacidad de trabajo como en su *sentido rifeño*: subsistir en continua alerta. Si su hermano Mhamed ejecutó, en 1925, sendos golpes magistrales contra españoles y franceses —a los primeros en Kudía Tahar, escudo humano de Tetuán; a los segundos en el Uarga, limes norteño del Marruecos de Lyautey—, el presidente del Rif (*Ra'is ar-rif*) probaría no solo a su pueblo, sino a *un mundo superior* en titulación formal, como era la Sociedad de Naciones, la categoría de su visión geopolítica y jurídica de los asuntos. A esa Sociedad de Naciones (SDN), un día de septiembre de 1922 le llegó un documento articulado en doce puntos y procedente del Rif, pero estampillado en Londres. Nadie conocía a sus firmantes desde un Rif sin agua otra vez (la sequía había vuelto) y llegado a la capital del Támesis, que llevaba más agua que todos los ríos juntos del norte de Marruecos. En sus doce puntos, que recuerdan al «Proyecto de Límites y Paces» que Abd el-Krim expusiera en la Melilla de 1915, los dos primeros y el último mencionaban el concepto «España» tres veces y «el Rif» una sola vez. Que ya no aparecía en ninguno de los restantes nueve puntos. Los enunciados de esos tres puntos eran los siguientes:

1. Deseamos establecer un acuerdo de paz con España.
2. Estamos dispuestos a aceptar una delimitación de fronteras entre el Rif y España.

12. Solicitamos que, por mediación de la Sociedad de Naciones, se pida a España que permita a nuestros representantes [el] libre acceso a su país por la vía marítima.

Era una firme demostración de *voluntades negociadoras*. Ese «deseamos establecer un acuerdo de paz» lo decía todo y con una expresividad ciertamente *anhelante*. La Línea del Kert, sin ser mencionada, reaparecía. Pero su ausencia no significaba que ese trazado fuese una *línea cerrada*. En cuanto a la petición de accesos marítimos era inocua con los tratados internacionales en la mano. A la España de Sánchez Guerra se le abrían posibilidades tan insólitas como factibles para llevar a buen fin la verdadera pacificación. Ese documento (que Rosa de Madariaga exhumó en los archivos de la SDN) correspondía al Estado del Rif. El texto había sido redactado, sin duda, por Abd el-Krim, el único de los rifeños, junto con su hermano Mhamed, capaz de expresarse con solemnidad y sencillez. Su redacción podría situarse en junio de 1922. Con ese documento bajo el brazo, Mohammed Buyibar y John Arnall se fueron a Londres. Y allí Arnall, que fue el único inglés decente de los que pasaron por el Rif, le puso fecha del 6 de septiembre de 1922 y lo hizo llegar al Consejo General de la Sociedad de Naciones, en Ginebra. En el texto se exponía no un proyecto de concordia, sino una *Exposición de Libertades*. Veámoslo: elecciones democráticas a «nuestro Parlamento, elegido cada tres años»; garantizar «la inviolabilidad de los nacionales extranjeros»; apertura de «nuestro país al comercio de todas las naciones»; la afirmación de que ese Parlamento rifeño «gobierna nuestro país en conformidad total con los objetivos de la Sociedad de Naciones». Todo ello suponía un contrato público, rubricado ante el bufete de la más selecta notaría internacional del mundo civilizado. Y con tales alcances éticos y políticos, que hubieran hecho imposible el vulnerarlo, al justificarse entonces una inmediata intervención militar. En esa declaración de principios se hallaba no solo la Línea del Kert, sino también algo mucho más trascendente: la devolución de los prisioneros capturados en el desastre de Annual y sus terribles anexos en Dar Quebdani, Nador, Zeluán y Monte Arruit. La apuesta del Rif Libre era tan arriesgada que, por fuerza, había que creerla. Al atrevimiento rifeño correspondía la mano tendida de Alfonso XIII, que enyesada pareció en su insufrible inmovilidad. De haber sido al contrario, el abrazo de los Jattabi estaba garantizado. Y es lícito suponer que los cautivos hubiesen podido regresar incluso *sin pagar un duro*. Porque al Rif de los Abd el-Krim podía indemnizársele con la llegada de médicos, profesores y técnicos, junto con importantes inversiones españolas y de sus socios europeos.

A la voluntad del Gobierno español quedaría el aportar una cantidad importante por los daños humanos causados a las gentes del Rif no combatientes (ancianos, mujeres y niños), que ya sufrían entonces insistentes ataques aéreos. Y eso que se estaba aún (en el final del verano de 1922) a distancias desconocidas de los sufrimientos que se impondrían a esa población civil del Rif en cuanto empezaran los bombardeos con cargas de cloropicrina e yperita, más las bombas cargadas con fósforo, que la aviación francesa utilizará (en 1925) para incendiar las mieses antes de que pudieran ser recogidas. Una decisión así de Alfonso XIII, tomada de común acuerdo con Sánchez Guerra y presentada ante el Congreso y el Senado, habría legitimado, de por vida, al rey Alfonso. En simultaneidad de consecuencias positivas: final instantáneo de la zozobra familiar y social española con respecto a Marruecos y sus crónicos espantos bélicos; derivación de las barbaries entrecruzadas de españoles y rifeños; reforzamiento del crédito mundial de España; engrandecimiento diplomático y moral de la figura de Alfonso XIII, que hubiese superado, y con mucho, su humanitarismo en la Guerra

del Catorce. A la par, habría implantado una vigorosa transfusión de legitimidades hacia el mejor constitucionalismo alfonsino, el maurismo.

Como punto final, ese golpismo obsesivo en algunas mentes militares hubiese merma-  
do hasta encapsularse (anularse) en la misma proporción en que se incrementaba, en todo el  
país, la confianza hacia las instituciones y el orgullo al contrastar que la defensa de la justi-  
cia y la libertad eran hechos comprobables *con frecuencia*. Un medida así no hubiese hecho  
«popular» a Alfonso XIII en algunos círculos militares, pero el ejército que él siempre debió  
movilizar, el sistema bicameral, le hubiera convertido en imbatible fuerza política de un solo  
hombre, inatacable por cualquiera, fuese capitán general o líder social-comunista del prole-  
tariado. La naturalidad en el ejercicio del poder y la ejemplaridad anexa al mismo, que es lo  
que se espera de todo gobernante, sea rey o presidente de la República, es lo que hubiera  
desactivado el polvorín de las ideas y las recurrentes secesiones en España. El siguiente paso,  
insertar a *Cataluña en España* (tesis de Cambó) o el paso alternativo —*España, una nación  
más catalana* (el ideario de Prim en sus actos, no tanto en sus escritos)— habría sido su idó-  
nea conclusión. Todo ello exigía la denuncia, por España, de los Acuerdos de Protectorado,  
pero con un interés legítimo e irrefutable, por cuanto en esa concordia hispano-rifeña se  
desactivaban mareas comunistas, kemalistas, fascistas y nacional-socialistas incipientes. No  
hubo *cabeza valiente ni cuerpo bravo* en aquella España que gobernaba Sánchez Guerra  
mientras reinaba Alfonso XIII. Nada hizo don José, menos se inmutó don Alfonso, que en eso  
de las inmutabilidades institucionales era todo un barítono y aún le faltaba dar el do de pe-  
cho. Pérdida grande fue para España. Se estaba entonces a un año y cinco días justos del  
golpe de Miguel Primo de Rivera desde la Capitanía General de Barcelona.

### Salvar al Rif apartándose de Marruecos o liberar Marruecos a costa del Rif

El 13 de diciembre de 1924 terminaba en Tetuán otra catastrófica retirada española. La se-  
gunda por su cronología, la mayor por su contabilidad en muertos, desaparecidos y prisione-  
ros. De los primeros, *bastantes miles* (que no precisamos ahora hasta no tener las cuentas  
bien hechas), pero, como orientación ponderada, esta: más de veinte mil y menos de treinta  
mil. Dos veces el sufrimiento español acumulado en los días de Annual y Arruit.

La sensatez mínima que debe guiar todas las actividades humanas, sean militares,  
económicas, jurídicas o políticas, aconsejaba una pausa, concedida no al enemigo, sino a  
uno mismo. En el caso de los Abd el-Krim, ellos como una sola fuerza y el Gobierno que copre-  
sidían; el pueblo, el ejército y las tribus del Rif como segunda fuerza; el Rif y con él todos los  
pueblos del septentrión marroquí, la tercera. Las tres necesitaban tiempo para recuperarse y  
adoptar un plan. Pausa medida en tres meses, suficientes para recoger todo el material de  
guerra español desperdigado entre el Garb, Gomara y Yebala, también para curar a los he-  
ridos y ayudar a las familias que hubiesen sufrido la pérdida de los suyos o la invalidez de  
estos, problema asistencial bastante más grave. Por último, estudiar dónde atacar para po-  
ner fin a la guerra y centrar todas las energías en alcanzar esa paz, que aseguraría la inde-  
pendencia del Rif y llevaría a su reconocimiento internacional.

Al oeste aparecía un frente deslavazado, sostenido por tropas castigadas en lo físico y  
lo anímico, faltas de material y, en su asimétrico centro, Tetuán, capital de Yebala y del Protec-  
torado. Allí es donde había que atacar. Con los máximos efectivos disponibles. Un ataque ma-  
sivo y antes de que llegasen los largos días de la primavera. Ese era el plan de campaña que

estaba a la vista; que lo veían no solo los hermanos Abd el-Krim, sino cualquiera de sus harqueños y todo observador imparcial, fuese francés en Fez o inglés en Gibraltar. Era también la ansiedad diaria en Madrid. Si caía Tetuán, caía la dictadura, pero con ella abajo iba la monarquía. Sendos derrumbes conducentes a un caos inenarrable. Y, sin embargo, Tetuán no fue atacada, ni siquiera amenazada. Cuando faltaban soldados y armas, médicos y equipos quirúrgicosanitarios y ambulancias, ametralladoras y morteros (artillería a la que poco caso se había hecho; hacían falta ciento cincuenta aviones como poco y se necesitaba reponer la mayor parte de la artillería de campaña), justo entonces, con esas carencias, de las cuales estaban bien informados los rifeños, renunciaban al objetivo y atacaban a Francia.

Sorpresa en la agredida, también en quien esperaba ser embestida y derribada: la España de Primo de Rivera, Sanjurjo y Mola. El Rif no se garantizaba su independencia, ni su paz, ni su recuperación social, ni su estabilidad intertribal ni su futuro bienestar yendo contra Francia; al contrario, así perdía esos cinco elementos capitales. Entonces, ¿cuál era el móvil o, mejor aún, quién se beneficiaba de ese dramático giro que abría las puertas a una guerra aún más cruenta que la ya superada? El único beneficiado de aquella triunfante ofensiva iniciada el 15 de abril de 1925 y que concluiría, un año y un mes después (27 de mayo de 1926), con la rendición de los hermanos Abd el-Krim y sus familias en Tizimuren, cerca de Targuist, en territorio protectoral español, pero ante las fuerzas francesas del general Ibos, fue Marruecos. El impetuoso ataque rifeño contra las defensas del Uarga salvó a España, condenada, comulgada y en capilla, dispuesta a ser ejecutada en el paredón de la lógica. La medida de gracia le llegó por decisión de Mohammed Abd el-Krim, pues solo él podía imponerse a la sensatez y osadía táctica de su hermano menor, Mhamed. Y cuando todo lo tenía aquel Rif de 1925 para acabar con esa guerra que a diario lo mataba, se embarcó en una guerra de enorme envergadura, con la que unió en su contra a dos poderosos enemigos, de por sí enfrentados durante siglos. Fuerza arrolladora la resultante de esa conjunción, que acabó destruyéndolo, impidiéndole consolidar su soberanía y abordar la reforma, pausada, de la sociedad de guerreros que lo caracteriza y aún es su epopéyico referente.

Abd el-Krim, al imponer tan radical reorientación de todos los esfuerzos bélicos y sociales a su patria, forzó su ocupación por los ejércitos extranjeros, causó el hundimiento de su sistema político y a ello sumó el sometimiento de su pueblo al único engrandecido, el Marruecos alauí. Diez años después (1936) los rifeños se alistaban, en masa, para luchar y morir por la España de Franco. Los supervivientes de las campañas de 1921-1926 acabarían reventados o mutilados en los frentes de Andalucía, Asturias, Extremadura, la Mancha, Aragón, Cataluña y Levante; en Madrid, Brunete, Teruel, el Jarama y el Ebro. De estas matanzas, un único beneficiado surgió: el Marruecos *fassi*; el Marruecos que nunca quiso al Rif porque le temía, a excepción de Muley Hasan, noveno de los alauíes. Un Marruecos asustado ante la virilidad y empuje incontenible de los hombres del Rif. Que podían con Francia como antes hicieron con España. Y es fama que Muley Yussef, padre de Mohammed V, cuando el mariscal Pétain llegó a Rabat para poner orden en el desastre que otro mariscal, Lyautey, no pudo impedir, le planteó injuriosa *súplica* como esta: «Libérenos, señor mariscal, de esa gentuza». Esa gentuza, en su resistir y morir, transmitió a Marruecos la libertad que le pertenecía, ganada con sus muertos, viudas y huérfanos, quedándose solo con la historia de lo ocurrido, con su honradez, su entereza. *Poco es.*

El Rif Libre aceptó morir por decisión de su creador. Hay grandeza en tal decisión, pero también un componente mesiánico sobrecogedor.

Que mueran mis ideas a costa de mí mismo, sea; pero que fallezcan las ideas de tantos y estos perezcan a su vez por voluntad mía, sin que se perciba justificación alguna de tal inmolación colectiva, eso es castigar por enajenación mental o desmedido despecho. Los argumentos que Mohammed utilizó para convencer a Mhamed los desconocemos. Los hechos decididos por el líder del Rif, sí. Y son la única base argumentativa de aquel sacrificio, único en la historia militar y política contemporánea. La pregunta es: ¿la fidelidad a un linaje o a la propia familia pueden prevalecer sobre la sociedad y la patria, sometiéndolas al arbitrio de la cabeza de familia por el hecho de que, en un caso, su primogenitura alce su veto contra toda razón y, en el otro, sea todo el linaje quien secunde sus actos? La historia está repleta de casos en los que unos hermanos se disputan no tanto el poder como el predominio de la inteligencia, el cálculo y la sabiduría sobre el egoísmo, la soberbia y hasta el crimen inducido por otros.

### Exilios interminables y súplicas de clemencia a una Francia que no contesta

El 28 de agosto de 1926 los Jattabi abordaron la ruta de su exilio: de Casablanca a Marsella y desde esta a la isla de la Reunión. Tardaron cuarenta y tres días (escalas incluidas) en llegar a su destino, Saint-Denis. Allí permanecerían durante veintiún años. En solo cincuenta y dos días habían vencido a la España de Alfonso XIII y libres se sintieron. Emplearon cuatro años más en llegar a la cima de sus afanes personales y patrióticos en el Rif, perdiéndolos al atacar a Francia en lugar de negociar con España o vencerla al izar la bandera del Rif sobre la alcazaba de Tetuán. En la plataforma índica donde subsistían, afrontaban la dureza del clima tropical, la monotonía de la alimentación, el distanciamiento con la población y un tedio infinito. Mohammed fue el más afectado: comía poco, le sentaba mal y le dolían el alma y la memoria. Su añoranza de Marruecos se tornó obsesiva. En 1932 redactó su primera súplica de clemencia, dirigida al jefe del Gobierno (¿Tardieu o Herriot?), para que le fuese concedida la residencia en el Marruecos francés. No dudaba en autodesafiarse él mismo: «Que me pongan a prueba. Mi fidelidad y mi reconocimiento hacia la poderosa Francia serán inquebrantables». No hubo contestación. En 1934 lo intentó con Gaston Doumergue, expresidente de la República, pero entonces jefe del Gobierno, a quien, adulator y servil, le aseguraba: «Su grande y glorioso país, así como su Majestad el Sultán [futuro Mohammed V], no tendrán nunca servidores más adictos que yo y los míos». Doumergue hizo lo mismo que sus antecesores en el cargo: no responder.

En noviembre de 1938 escribía a Joseph Court, quien hacía solo un mes acababa de tomar posesión como gobernador, mostrándole su preocupación por sus hijos: «La isla [...] no ofrece ningún porvenir a esta juventud. Habrá que pensar en dar pronto una situación a los chicos y en casar a las chicas». Para «los chicos» pretendía «hacer de ellos oficiales del Ejército». Court se limitó a enviarle sus mejores deseos. En mayo de 1942 lo intentó con otro gobernador, Pierre Émile Aubert, que nada podía hacer, máxime siendo el mariscal Pétain quien gobernaba Francia. Sin desanimarse, en 1943 escribió al nuevo gobernador, André Capagorry, insistiéndole para que Francia «aceptase a sus hijos y a dos sobrinos como alumnos como cadetes del ejército francés». Incluso escribió al general De Gaulle solidarizándose con su *combate por Francia*. Pero Francia se limitó a guardar silencio. De improviso, cuando su abatimiento era ya preocupante, en febrero de 1947 se le anunciaba su *liberación*: el Gobierno de Paul Ramadier le permitía residir en Francia, no lejos de Niza. Éxtasis colectivo en Castel-Fleuri, la mansión donde habitaban los Jattabi. El 30 de abril las familias Jattabi embar-



caban en el Katoomba, rumbo a Madagascar, escala a la que siguieron las de Zanzíbar, Adén, Yibuti, Suez y Port Said. Un mes de viaje, durante el cual el nacionalismo magrebí y los servicios secretos de España y Francia hicieron méritos para adelantar sus jubilaciones respectivas. Se pensaba en hacer de él un contrapeso frente a quien todavía seguía siendo sultán: Sidi Mohammed ben Yussef (futuro Mohammed V). Y en Port Said, aquel 31 de mayo de 1947, las habilidades de una triada de audaces (El Fassi, Bennuna y Torres) le permitían desembarcar, con todos los suyos, para «despedirse de sus amigos». Y de inmediato acogerse al asilo que le brindaba el rey Faruq I de Egipto. El Katoomba zarpó hacia su último destino (Marsella), pero no iba vacío: en sus calas llevaba el féretro con los restos de Fet-tuch, su madre.

Festejado por el mundo árabe y la comunidad panislámica, vivió años de creencias y decepciones. En enero de 1959 el Rif se sublevó ante los abusos y desprecios del Istiqlal. Francia envió su aviación y lo arrasó con bombas de napalm. Desembarcadas las tropas del príncipe Hassán, este se apartó de la pelea entablada (en Axdir) y los soldados de Ufkir la terminaron (en Izmuren) con lanzallamas. Los sacrificios del Rif en 1925, para hacer de Marruecos una sola nación con un rey, reducidos a cenizas, llagas y viudedades. Se enteró de la muerte del rey Mohammed V (1961) y supo de la ascensión al trono de su heredero, Hasan II. De ambos monarcas había rechazado sus proposiciones para retornar a la patria. El Rif seguía donde siempre estuvo. Era patria, bandera y horizonte. Lo que estaba en duda era si Marruecos era también su patria, habiendo sido su permanente compromiso moral. Falleció en El Cairo, el 6 de febrero de 1963. Y allí sigue enterrado.

J. P. D. 03.02.2014

#### Fuentes

#### Bibliografía

Documentación exhumada del antiguo SHM (Servicio Histórico Militar), que no preciso aquí porque la célebre «Sección África», que allí estaba depositada, pasó hace poco al AGMM (Archivo General Militar de Madrid), tránsito en el que se modificaron las firmas de los documentos, con lo que ni yo mismo podría localizarlos ahora con las referencias que conservo. A lo anterior añado mis apuntes al respecto [años noventa] de las campañas de 1922 a 1926, los cuales, insertados en un manuscrito, tengo pendientes de publicar en forma de libro. A lo anterior añado la prensa de la época, en concreto, las

ediciones de *ABC* y *La Vanguardia* entre 1912-1915, 1923-1926 y 1947-1948. En cuanto a la bibliografía, ordenada por la antigüedad de sus publicaciones, es la siguiente: el general Andrés Sánchez Pérez y su estudio biográfico «Abdelkrim» (*Revista de Historia Militar*, Madrid, 1973); Germain Ayache, autor de una obra clásica, no superada, *Les origines de la guerre du Rif* (Rabat, SMER, 1981); C. Richard Pennell con su excelente *A country with a Government and a Flag. The Rif War in Morocco. 1921-1926* (Boulder, Colorado, EE UU, Menas Press Limited, 1986); mi aportación al

estudio de la crisis nacional tras los sucesos de 1921, *Historia secreta de Annual* (Madrid, Temas de Hoy, 1999); Rosa María de Madariaga con *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada* (La Biblioteca de Melilla, 1999) y *Abd el-Krim El Jattabi. La lucha por la independencia* (Madrid, Alianza, 2009). Este último trabajo de Madariaga es, con diferencia, lo mejor que la autora ha escrito en relación al linaje de los Jattabi. Sobresaliente esfuerzo el de esta reconocida arabista en los archivos británicos, españoles, franceses, helvéticos y marroquíes.

#### Agradecimientos

A cuatro personas, que valen todo lo que son y más: Montserrat Barbé Capdevila, cuya paciencia con mis continuos retrasos es cosa ya legendaria, sin por eso perder ella su agudeza analítica y actitud solidaria; Julián Martínez-Simancas, sin cuyo impulso constante y estímulo crítico no hubiese legado

hasta aquí ni completado la mitad de estas biografías; Mario López Feito, con quien comparto pasiones historiográficas en lo militar, pero también por la historia de la fotografía y la filosofía, conversaciones (telefónicas) las nuestras que tienen un valor reconstituyente; María Jesús de Cea

Martín, mi esposa, entregada (desde 1969) a mis continuos requerimientos, desde la búsqueda de documentos extraviados en nuestra casa-archivo, hasta sus benéficos cuidados, con los que recompongo mi columna lumbar y que me permiten seguir adelante entre estas travesías.